

En tanto sus mejillas inundaban
Lágrimas de dolor.... y en su sombrío
Ívido rostro se pintaban fieros
El furor, el pesar, el regocijo....

Una risada en desusado estrépito
Fué la postrer señal del desvarío....
Y, ni tiernas caricias, prodigadas
Por Cuitláhuac sensible, ni el conflicto

Del anciano lloroso que vertía
Palabras de consuelo, poseído:
Volver podían al terrible jóven
Del furor tormentoso del delirio.

Al fin calmado un tanto: "En dónde estoy?
" Oh dioses inmortales! por qué existo?....
" ¡A qué arrostrar una existencia lúgubre
" Doquiera por los hados perseguido?....

" Este veneno!...= Oh muerte!... tú la diosa
" Eres benigna, que el eterno alivio
" Derramas como bálsamo dichoso
" En el seno ulcerado, carcomido....

" Ven, ven, tósigo dulce!.... en este instante
" Oh y cuán caro me eres! Pecho mío!
" Entraña noble, corazón latiente!
" Palpita en calma, con pulsar tranquilo!"....

Decía, y á sus labios aplicaba
La ponzoña de un pomo cornerino.
" Qué haces?" gritan con pavor á un tiempo
Xolotl y Cuitlahuátzin—" ¡ En olvido

" Tan pronto pones que del alma patria,
" De Anáhuac infelice, desde niño
" Allá en las catacumbas do reposan
" De tus mayores los despojos frios,

" Sobre el mármol que el lecho luctuoso
" Encierra de Ahuizotl, el labio mismo
" Que va á apurar el homicida cáliz,
" Juró ampararle en sus instantes críticos?"

Como á efecto de un mágico conjuro,
El pomo del veneno, confundido
Dejó caer el jóven de las manos....
Y con los ojos en la tierra fijos,

" Ah.... sí.... yo lo juré!... Patria!... almo suelo!
" De mi dicha infantil, dulce testigo....
" Tú que me viste en mis primeros años
" Corriendo por tus céspedes floridos....

" Tú que ofreciste las dichosas márgenes
" De tus lagos diáfanos al niño,
" Y sonreíste á sus castos juegos
" Bajo tu clara esfera de zafiro;

“ Tú mirarás al jóven, que la clava
 “ Sabe empuñar con indomable brío,
 “ Y orlar tu sien de inmarcescible lauro
 “ O ser cadáver, en su sangre tinto.

“ Y tú, príncipe infausto, Cacamátzin,
 “ Jóven glorioso, impávido caudillo,
 “ En cuyo seno su mansion tenían
 “ La virtud, el honor, el patriotismo....

“ Tú inspirarás venganzas á la mente,
 “ Coraje al corazon, al alma brío....
 “ Tus fieros manes, tu sangrienta sombra
 Veré al lanzar mi postrimer suspiro!”....

Dijo: y lució sobre su altiva frente
 No sé qué de inmortal!.... ¡era el espíritu
 Que se elevaba á las regiones fúlgidas
 Do residen la gloria, el heroismo!....

El ámbito del negro calabozo
 Repitió el juramento en un gemido;
 Crujió la tempestad, y resonaron
 Del ronco bóreas, los siniestros silbos.

Culebreó la pálida centella;
 El campo fulguró; y en los sombríos,
 Lejanos bosques, resonó espantable
 El prolongado, eléctrico estampido.

= El anciano y los príncipes se estrechan
 Con ternura dulcísima; y asidos,
 Como si hiciesen juramento tácito
 De indisoluble union en los peligros,

Así prorumpen: “ Dioses del Anáhuac,
 “ Númenes del Mexitl, sednos propicios!....
 “ La causa protejed del inocente,
 Del inocente pueblo, deprimido!”....

Dijeron; se miraron con dulzura,
 Y de la gloria, el resplandor divino
 Reflectó de sus ojos, y sus frentes
 Lentos alzaron, con mover tranquilo.

Veinte veces el faro de los tristes,
 Ese de plata luminoso disco,
 Enviado habia á los ilustres presos
 La luz hermosa de sus rayos tibios,

Cuando con tono enérgico, cual nunca,
 A Hernán Cortés su prisionero dijo:
 “ Malintzin, los inmensos territorios,
 “ Ciudades, principados, señoríos,

“Montes y valles, fértiles campiñas,
 “Bellos collados, caudalosos ríos....
 “Y esta diadema, y el excelso trono,
 “Que aún, por gracia de los dioses, piso,

“Y las joyas, y el oro del Anáhuac,
 “A tu Dios y á tu rey los he cedido;
 “Empero tu presencia, de mis pueblos
 “Suscita el odio, exalta el patriotismo....

“¡Y ay Malíntzin de tí, y ay de los tuyos,
 “Si el mexicano alcanza, que el ludibrio
 “Va á manchar los blasones de sus padres.....
 “Tántos laureles á tornar marchitos!

“Ya Cuitláhuac, Xolotl y Cuahutimótzin,
 “En injusta prision, gimen cautivos:
 “Con ellos, es mi sangre, es mi ventura
 “Las que á tí, oh Malíntzin, sacrifico.

“Aun quieres mas? ¡Cacama, Cuahupopoca,
 “No circundan tu lecho como el mio,
 “En la mitad de la callada noche,
 “Sangre gritando en su espantoso giro?

“El pueblo ya murmura. Aquellos héroes
 “Eran sus dioses, y cual yo los miro
 “Y les escucho reclamar venganza,
 “Él los ve y les escucha vengativos.

“Huye, Malíntzin, huye! Tu presencia
 “Infecta el aire puro de estos sitios,³¹
 “Do el azteca inocente respiraba
 “De dulce paz el halagüeño hechizo.”

Cortés se estremeció, porque sabía
 Que si es dulce el carácter de los indios,
 Cuando el azteca tímido se ensaña
 Solo apaga su fuego ¡el exterminio!

Mas su alma perversa, que recobra
 Su temple natural de foragido,
 Le sugiere un pretexto:—“Moteuczoma,”
 Dice, “esta espada que me ves al cinto,

“Es de mi rey, y su glorioso nombre
 “No mancharé, cobarde fugitivo.
 “Al detenerme en tus hermosas playas
 “Para plantar el pabellon de Cristo,

“La fé y la gloria me gritaron: *Héroe*
 “Serás si al fuego entregas tus navios:
 “Y lo sabes, monarca, por mi mano
 “Quedaron en cenizas convertidos.”

Moteuczoma, extendiendo un ancho mapa
De aquel de Anáhuac, cándido papiro,
Le muestra en caracteres ingeniosos,
De un español el sorprendente arribo.³²

El cual, como él, el fulminante rayo
Encadena, ó desata á su albedrío:
Como él, sobre las ondas del océano
Viene de hácia el oriente purpurino.

Y como él, corceles, armaduras,
Soldados, y cañones y navíos
Trae, y la enseña, la fatal enseña,
A cuyo nombre augusto le ha oprimido.

—“Pues que os anima el mismo fin, le dice,
“Dejadme en paz, salid de mis dominios;
“Vuestra mision es concluida. El pueblo
Eide con ansia el bienestar antiguo.”

Atónito Cortés miraba el plano,
En donde estaba el número preciso
De tropa, de cañones y de naves;
Todo con arte y con primor descrito.

Eran mil los infantes, cien caballos,
Trece bocas de fuego; y el caudillo,
Narvaez, enviado de la linda Cuba
Por el fiero Velazquez, su enemigo.³³

—Así tal vez los tigres de los bosques
En el placer convienen de homicidio;
Mas se disputan la infelice víctima,
Y entre sí se devoran por instinto.—

Al través del semblante simulado
Pudo todo el monarca traslucirlo;
Y en dulce tono, el imperial se cambia,
Y el juez severo, en generoso amigo:

“Malintzin, tus temores ya comprendo,
“Tus íntimos secretos adivino;
“Mas no mis exigencias se extendieran
“A dejarte al azar de los peligros.

“En este pecho que ofendiste tanto,
“La sangre de los príncipes abrigo;
“Y si sé resignarme como hombre,
“Sé perdonar, monarca, al desvalido.³⁴

“Mi imperio es tuyo: las legiones alza
“Que por tu amor fatal he contenido;
“Vuela al combate: ¡tu enemigo tiemble
Si tu poder se liga con el mio!”

=El corazón de bronce del soldado
Se rebosó en ternura: el regocijo
Coloró sus mejillas; aceptando
En una parte el generoso auxilio.=



Treinta auroras después:—Era una noche
Envuelta en negro manto; purpurino
Tornado á veces, cuando el rayo súbito
Rasgaba las tinieblas encendido.

Desgajados los cielos, parecían
El orbe amenazar á derruirlo:
El turbion rebramaba, y los torrentes
Tumbábanse á profundos precipicios.

Cortés, con cuatrocientos castellanos
Y quinientos atléticos cohuixcos,
Armados de rodela y lanzones,
De rojo cobre los entrambos filos,

Sin arredrarse al espantoso choque
Que hacían los peñascos conmovidos,
Cruza el que le separa de Narvaez,
De fieras ondas, caudaloso río.

Narvaez, torpemente confiado,
Yacía en dulce sueño. ³⁵=El estallido
Al resonar, de los tonantes bronce,
Le convenciera solo del peligro.

Levántase de pronto, y sin coraza,
Ni yelmo, ni pavés, se arroja al sitio
Do más se oía el graneado fuego
Y de aceros cruzados, el chasquido.

Como valiente, con furor combate;
Ora empuña el mosquete, ora el cuchillo;
Ora anima á los suyos, disipando
Por un momento el general conflicto.

=Era el teatro el ancha plataforma
De un teocali soberbio de granito,
Con torreones tres, que allá escondían
Entre las nubes sus esbeltos picos.

El torreón del centro, que defiende
La ínclita persona del caudillo,
Parece una pirámide de fuego
O el cráter que vomita el exterminio.

Más al fin el rival inventuroso
No detuviera al capitán del siglo
En su gloriosa órbita, descrita
Por la inflexible mano del destino.

Y sucumbe al furor de la refriega
 Traspasado en un ojo. Su enemigo
 Le hace prisionero; y todo el fuerte
 Queda al instante al vencedor sumiso.

Mientras coje este lauro en Zempoala
 El español, en México el ludibrio
 Ennegrecia con baldon eterno
 De armas tan nobles el radiante brillo.

=Era la primavera: ricas flores
 Coronaban de esmaltes el circuito
 De la corte infeliz: =Así entre sedas
 Tal vez alienta el mísero cautivo! =

Se acostumbraba celebrar con danzas,
 Y con juegos, y fiesta y regocijos
 La vuelta de la diosa, á cuyo influjo
 Brota la tierra el tulipan, los lirios.

La flor de la nobleza del imperio
 Asistía á esta fiesta: y exclusivo
 Era de ella, en uso inveterado,
 Lucir entonces joyas y vestidos.

Alvarado que (gefe de la fuerza
 De españoles, dejados con designio
 De guardar la prision de Moteuczoma,
 Y á los ojos del vulgo, como amigo)

Supo tantas riquezas que debian
 Lucir en esplendor del alto rito,
 Bajo pretexto de sospechas vagas,
 Concede para todo su permiso,

Con la cobarde condicion, precisa,
De entrar sin armas al fatal recinto ³⁶
 Del átrio del gran templo, do debiera
 Ser celebrado por el uso antiguo.

Era un mar de plumajes que ondeaban
 Matices de colores los mas vivos,
 Salpicados de perlas y diamantes,
 De radiosos, esplendentes visos.

Al agitarse las guerreras danzas,
 Los ojos deslumbraban; y en los ricos,
 Lucientes petos de bruñido oro,
 Mil soles se veian repetidos.

Inocentes!... Así sobre la rama
 Se regocija el simple pajarillo,
 Mientras le asecha el gato carnicero
 Desde el antro traidor de un escondrijo.

Atónito Alvarado les veía....
 =Otro que el español, enternecido
 Sintiera el pecho al presenciar escenas
 Que el candor revelaban primitivo.

Mas Alvarado.... (oh sórdida avaricia
 Que cambias á los héroes en bandidos!)
 Ya no pudo ver mas. Sobre su rostro
 Brotó la sangre; y con los ojos fijos

En el fulgor de petos y diademas,
 Hace á los suyos combinado signo:
 Y, cual tigre que cae de un solo salto
 Sobre el casto, indefenso corderillo,

Frenéticos se arrojan simultáneos
 A los grupos inermes de los indios;
 Y hunden do quier en los desnudos pechos
 Los vibrantes aceros asesinos!

=Dos mil infaustos nobles sucumbieran
 Bajo el puñal traidor del foragido;
 Todos caciques, príncipes, guerreros,
 Sacerdotes y gente de prestigio!

Al concluir tan hórrida matanza,
 (La pluma se resiste á describirlo)
 Era el teocali la mansion sangrienta
 De la crueldad, la muerte, el exterminio.

Empapados en sangre los cadáveres,
 Manchados los soberbios atavíos,
 Solo en parte asomábase en las piedras
 El iris fiel de sus ardientes visos,

Alvarado y los suyos se dirían
 De entre ellos levantados. Sus vestidos,
 A manos de sus víctimas deshechos,
 Estaban cual su rostro, en sangre tintos.

Todo era sangre!... sangre en la melena,
 Sangre en la faz y en el acero impío,
 Sangre en el muro! al ancho pavimento,
 La sangre le tornó resbaladizo!

Y en medio del horror, tambien se vian
 Caer y levantar como dormidos
 Entre el vapor de la caliente sangre,
 Fantásticos, los cómplices inicuos,

Que ávidos volvian los cadáveres,
 Arrancando con fiero regocijo
 Los funestos joyeles.... viles prendas!....
 ¡Pasion rastrera del hispano indigno!....

La ciudad entre tanto, desolada,
En su acerbo dolor no alzó un gemido:
Es del noble carácter del azteca
Morir; mas no implorar al enemigo.

Pero al volver el español, cargado
Con el botín sangriento, hácia el asilo
Do el azteca inocente le acogiera,
Se alza de horror, universal un grito.

La multitud cuitada reconoce:
Quien el carcax de oro del marido,
Quien del hermano la gentil cimera,
Quien la armadura de su dulce hijo.

¡Todo empapado en sangre!... ¡Y se resigna!...
Ah! no: que de sus venas el fluido
De súbito se inflama... y, simultáneos,
Se arrojan á los fieros asesinos.

Alvarado y los suyos se defienden
Cual leones. Los golpes repetidos
Atruenan la gran plaza... y las saetas
Cruzan doquier con espantable silbo.

El fragor de la lid es horroroso:
Cruje el hierro mortal: y bajo el piso
Se cimbran las entrañas de la tierra
Al fulminar el bronce repentino.

Un momento despues, en ancho lago
De roja sangre se tornó aquel sitio:
Las férreas armaduras exigieran
Por un sólo español, grupos de indios.

Empero, reemplazando los cadáveres,
Y armados del arnés de los caidos,
Nuevo torrente de guerreros cae
Sobre el hispano, de "venganza" al grito.

Y venciendo sus pechos las espadas,
Corceles y armaduras, al recinto
De su mansion, triunfantes le reducen,³⁷
Donde estaban los príncipes cautivos.

Los vencedores ponen cien antorchas
Al fuerte maderámen del circuito;
Y un momento despues, sobre los muros
Alzan las llamas su siniestro brillo.

